

tar sobre las canoas para echarlas á pique. Si lo consiguen, el cazador es hombre perdido, porque no le es posible abrirse paso entre la compacta masa de animales.»

Segun King, los indios de la América del norte, particularmente los chipewyanes, los indios *costilla de perro* y los *costilla de liebre*, cazan el reno del mismo modo, necesitando tambien este animal para vivir. Inmensas manadas de 10,000 á 100,000 cabezas emigran todos los años y se dirigen hácia el norte en la primavera, y por el sur en el otoño. Cuando en el verano se secan los líquenes que les sirvieron de alimento durante todo el invierno, trasládanse hácia las orillas del mar, porque allí encuentran todavía sabrosas plantas; regresan en setiembre, y llegan en octubre al punto de partida. Entonces tienen una capa de grasa de 0",08 á 0",11 de espesor en el lomo y las ancas, y constituyen por consiguiente una caza muy apreciable. Grandes manadas de lobos siguen á los renos y arrebatan un gran número; pero los indios son aun mas peligrosos. Los matan á lanzadas cuando atraviesan los rios; abren zanjas para que caigan en ellas; los cazan en recintos cerrados, donde solo hay estrechas aberturas con sus correspondientes lazos; no hay, en fin, medio alguno de que no se valgan para apoderarse de su presa. Los indios *costilla de perro* acostumbran á ir á esta cacería de dos en dos, segun refiere Trenzel: el primero lleva en una mano un asta de rengífero, en la otra un haz de ramaje que agita continuamente, y al rededor de la cabeza un turbante de piel blanca; el segundo cazador le sigue de cerca, y cuando los renos divisan aquella singular aparicion, detiéndense para mirar. Los dos hombres hacen entonces fuego á la vez, precipítanse en seguimiento de la manada, cargan sus armas á la carrera, y disparan de nuevo. En otras localidades persiguen los indios al reno hasta obligarle á saltar al agua, y pueden matarle entonces sin dificultad.

ENEMIGOS NATURALES.—El reno salvaje tiene otros enemigos además del hombre, y entre ellos puede considerarse el lobo como el mas temible, particularmente en invierno. Cuando la nieve adquiere bastante solidez para sostener al reno, pocas veces consigue el carnicero aproximarse á la manada, sin contar que estos rumiantes son bastante fuertes para oponerle resistencia; mas no sucede así cuando la nieve es reciente. El reno se hunde entonces, se fatiga pronto, y tarda poco en ser presa de un enemigo, que le acecha detrás de una roca ó un matorral. Cuando en las altas montañas se reúnen los renos por manadas, tambien lo hacen los lobos, y entonces empeñan encarnizadas luchas. En un espacio de varios centenares de leguas siguen los carnívoros á los emigrantes, y tanto es así, que los hombres desean que llegue el momento de pasar para que se alejen los lobos del país. Por causa de estos carnívoros fué preciso renunciar á la cria del reno en Noruega. Habíanse mandado á pedir á Finmark (Laponia noruega) treinta renos, con sus pastores lapones, y se conservaban perfectamente en las montañas de Bergener-Stifts; á los cinco años se multiplicaron de tal modo aquellos rumiantes, que podían contarse á cientos, y ya se recogían los propietarios del éxito, cuando aparecieron súbitamente los lobos. Hubiérase dicho, al verlos tan numerosos, que se habían dado cita todos los de Noruega; redoblóse la vigilancia, mas todo fué inútil; y no solo dieron caza á los renos, sino que bajaron en masa á los valles. Allí arrebataron de las granjas los bueyes y carneros, llegando al punto de acometer á los hombres, y constituyendo una tal calamidad para el país, que se hizo necesario matar una parte de los renos, dejar á los otros que volvieran al estado salvaje, y renunciar á la cria. Tambien persigue á estos animales el gloton; el linco es muy peligroso para ellos, y el oso arrebató todos los años un gran número de individuos.

Entre los mas terribles enemigos de estos rumiantes figuran además tres pequeños insectos; una especie de mosca de aguijon y dos tábanos. Estos seres son los que obligan á los renos á emprender su emigracion; para huir de ellos buscan un refugio en las orillas del mar ó en las cimas de las montañas; ellos son los que les atormentan dia y noche, ó mas bien, durante el largo dia que dura todo el verano. Para comprender cuánto padecen con las picaduras, seria necesario que le hubiesen aplicado á uno ventosas continuamente por espacio de varios dias y semanas. Los tábanos, sobre todo, les causan tormentos crueles: una especie deposita sus huevos en la piel del lomo del rumiante, y otra en las fosas nasales, y allí se desarrollan las larvas. Las de la primera especie taladran la piel, penetran en el tejido celular, aliméntanse del pus que su presencia determina, producen dolorosos abscesos, se abren camino por debajo de la piel, y salen cuando llega el momento de sufrir las últimas metamorfosis. Las de la segunda se introducen en las fosas nasales, las atraviesan, penetrando en el cerebro, y ocasionan la modorra bajo diversas formas, ó bien llegan al paladar é impiden al reno comer, hasta que al fin consigue expulsarlos á fuerza de estornudos. En julio ó á principios de agosto es cuando pone sus huevos la hembra de estos tábanos; y en abril ó mayo se desarrollan las larvas. La enfermedad puede reconocerse al principio por ser muy difícil la respiracion para el reno, lo cual ocasiona la muerte muy pronto, particularmente en los individuos jóvenes. La corneja cenicienta con la collarba es una bienhechora para estos pobres animales; se posa sobre su lomo y coge los gusanos de los abscesos; los renos, que saben cuánto les alivia aquello, dejan al ave desempeñar su mision.

CAUTIVIDAD.—Los renos pequeños se domestican pronto, pero seria un error compararlos en este concepto con los otros animales. Los mismos descendientes de los que se hallan reducidos á la cautividad desde remotas épocas, son aun medio salvajes; y se necesitan pastores y perros lapones para conducirlos y dirigirlos.

Además de los lapones, se dedican á la cria del reno los finlandeses, los siberianos, los wogonles, los ostiacos, los samoyedos, los tungusos, los koracos y los tschuktshis. Segun Pallas, los koracos son los que lo entienden mejor; tienen un rebaño de 40,000 á 50,000 cabezas, y cada cual reconoce sus animales. No se pueden comparar semejantes manadas con las que vemos en Europa: segun datos oficiales del gobernador de Tana, los lapones y noruegos tienen 79,000 renos, 31,000 para los distritos de Tana y Polemak, 23,000 para el de Karasjok y 25,000 para el de Kautokeino: el número de propietarios no pasa de unos 2,000.

El reno doméstico es el sosten, el orgullo, la alegría y la riqueza del lapon; el que cuenta con un rebaño de varios centenares de individuos se considera como el mortal mas dichoso de la tierra. Algunos tienen de 2,000 á 3,000, pero el número de los que pertenecen á un solo propietario no suele pasar de 5,000. Jamás se consigue, no obstante, de un lapon que diga cuál es la cifra exacta de los renos que posee, pues está persuadido que si habla de ellos morirán algunos de sus animales en la tempestad ó devorados por el lobo. El lapon de los Fjelds, el que verdaderamente se dedica á la cria, mira con desprecio á los que han abandonado la vida nómada para ir á establecerse como pescadores en las orillas de los rios, de los lagos y de los brazos de mar, ó que han ido á servir á Escandinavia. Considerase como el único y verdadero hombre libre; no conoce mas que su mar, segun llama al gran rebaño; la vida le parece deliciosa; su suerte la mas envidiable de la tierra.

Y sin embargo, ¡qué vida la suya! No tiene voluntad pro-

pia; su manada es la que le conduce; los renos van donde quieren, y el lapon los sigue por todas partes como si fuese un perro. Durante meses enteros está casi todo el dia al aire libre; en verano sufre las picaduras de los mosquitos; en invierno el frio mas riguroso, contra el cual no puede defenderse; y á menudo no le es posible encender fuego, porque en las alturas donde pacen sus renos no encuentra un solo pedazo de leña. A veces sufre hambre, porque está mas léjos

de lo que quisiera, y debe privarse mucho tiempo de todos los goces de la familia. Mal vestido y abrigado, hállase expuesto á todas las intemperies; por su género de vida se convierte casi en un animal; no se lava nunca; se alimenta de las plantas mas repugnantes; y no suele tener por compañero mas que el pobre perro, con el cual comparte su mísera pitanza. Y sin embargo, el lapon soporta con gusto todas estas penalidades, solo por amor á su rebaño.

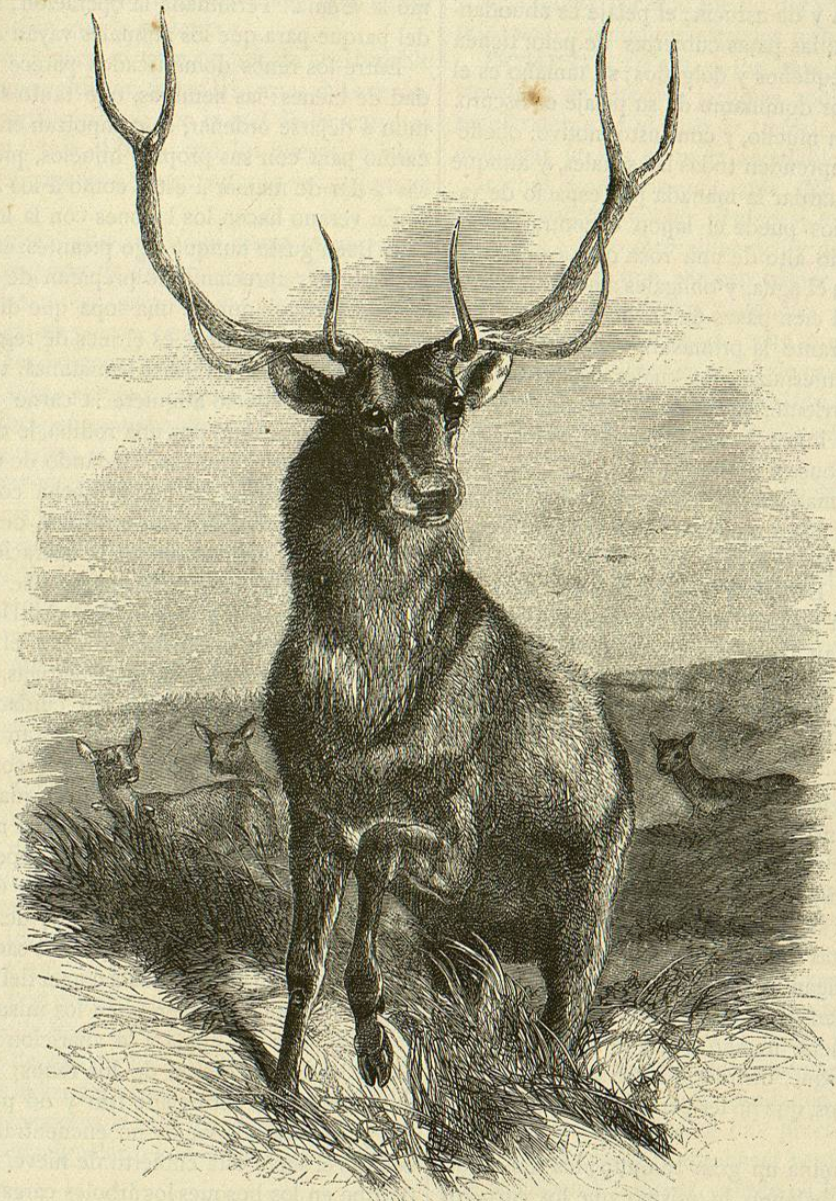


Fig. 221. — EL CIERVO WAPITI

La vida del reno doméstico difiere en todo de la del salvaje: el animal es mas pequeño y feo; sus astas tardan mas en caer; se reproduce en otra estación, y está continuamente de viaje. Hay momentos en que se halla bajo la dominacion inmediata del hombre; en otros disfruta de toda su libertad, pero ya sabe encontrarle su amo. Tan pronto come con abundancia y engorda, como padece hambre y enflaquece: en verano le atormentan las picaduras de las moscas y los tábanos; en invierno le molesta la nieve que cubre los pastos y cuya dura capa hierre sus piés.

Aquellos que en Noruega y Laponia se dedican á la cria de renos, suelen viajar á lo largo de los rios, hácia el mar y las montañas, para evitar las moscas, y cuando se acerca el invierno regresan al interior del país. En julio y agosto viven

los renos en las montañas ó en las orillas del mar, y en setiembre comienza la emigracion. Los lapones llegan á sus cuarteles de otoño, donde hay pequeñas cabañas en las que encierran todo lo necesario para la vida; y entonces dejan á sus animales en libertad si el país está tranquilo, es decir, si no anda el lobo por los alrededores. En esta época es tambien cuando se declara el periodo del celo, y sucede entonces que los renos salvajes se mezclan con los rebaños domésticos, y mejoran la raza, con gran contentamiento del propietario. A la caída de las primeras nieves se reúnen los renos, y aquel es el instante en que se debe vigilar mas para defenderlos contra los lobos. Llega la primavera luego, y con ella un nuevo periodo de libertad, pasado el cual se reúne nuevamente el rebaño. Cuando la hembra pare, el lapon uti-

liza su leche; mas tarde toca su turno á la época de su emigración hácia los parajes menos infestados por los insectos; repitiéndose lo mismo todos los años.

La cria del reno ofrece algunas particularidades: sin los perros sería imposible guardar un rebaño; pero ellos suplen á todo. Los que tienen los laponos son vigilantes, avispados y prudentes; su aspecto indica ya la independencia de que disfrutan, y sin duda se parecen por esto á sus congéneres salvajes. Sus orejas rectas comunican á su cabeza cierta expresión de franca rudeza y de astucia; el pelaje es abundante, excepto en la cabeza; las patas cubiertas de pelo; tienen formas esbeltas; son pequeños y delgados; su tamaño es el del perro lobo, y el color dominante de su pelaje es oscuro. Los laponos los aprecian mucho, y con justo motivo: obedecen á los mandatos, comprenden todas las señales, y aunque se hallen solos, saben guardar la manada por espacio de varios meses. Gracias á ellos puede el lapon encontrar todos sus renos; los reúne en lo alto de una roca que avanza mar adentro, los precipita en el agua, y obligales á que atraviesen un brazo de cincuenta á cien pasos de anchura.

Ellos son los que durante la primavera deben recoger y ayudar á los débiles y enfermizos, los cuales quedarían ahogados al atravesar la corriente, encargándose tambien de hacer atravesar otra vez el brazo de mar al rebaño, cuando este ha adquirido toda su robustez gracias al pasto.

Es curioso ver una manada de renos: [diríase que es un bosque en movimiento; estos animales van reunidos como los carneros, pero caminan con paso mas rápido que ningún otro animal doméstico. El pastor y sus perros se cuidan de que los rumiantes vayan juntos: corren continuamente al rededor del ganado; obligan á reunirse con él á los individuos rezagados, y así se consigue que no se desbande nunca. De este modo puede el lapon coger fácilmente al reno que haya elegido, valiéndose de su lazo, el cual maneja con destreza suma.

Cuando los laponos encuentran buenos pastos, forman en la inmediación un parque donde introducen todas las tardes sus rebaños; es un recinto rodeado de troncos de abedul de 1^o, 60 á 2^o de altura, muy unidos y sujetos por vigas trasversales que se sostienen á su vez con unas fuertes estacas. Este parque tiene dos puertas que se cierran con un tejido de mimbrés: los perros obligan al ganado á penetrar en él, y en el mismo sitio se ordeñan las hembras. En cuanto á los individuos jóvenes, no se tiene mucho cuidado de ellos; se les deja pacer fuera del parque, disfrutando de su libertad bajo la vigilancia de los perros, que no les permiten franquear ciertos límites.

Dentro del cercado reina un gran tumulto; los renos corren de un lado á otro, balando lo mismo que los carneros aunque su voz parece mas bien un gruñido, análogo al del cerdo. Al acercarse al parque se oye un ruido semejante al que producirían los descargas de varios centenares de baterías eléctricas.

En medio del recinto hay varios troncos de árboles, á los cuales se sujeta el animal que se ordeña: sin el lazo no sería posible la operación, y por esto van provistos de él todos los laponos, sin exceptuar las mujeres. Consiste en una larga correa en forma de lazo ó de asa; se cogen fuertemente ambos extremos, y se arroja al cuello ó á las astas de la hembra, obligándola á que se acerque poco á poco. Cuando ya la tienen bien cogida, se hace un nudo corredizo al rededor de la boca, se ata á un tronco y se la ordeña. La hembra hace mil esfuerzos para escapar; pero el lapon sabe obligarla á que permanezca quieta, oprimiendo el nudo del hocico; luego se acerca por detrás, da varios golpes en la teta con la mano y extrae la leche. Los laponos son muy torpes para

ordeñar: derraman mucho líquido en las piernas de la hembra, y han de limpiarla cuidadosamente. Se sirven de un vaso de madera, de una sola pieza, que tiene la forma de una gamella prolongada, con un mango. Como en la leche caen muchos pelos, es preciso filtrarla; pero el paño que se emplea es tan basto, que pasa un gran número de ellos, lo cual no comunica al líquido muy buen aspecto. A pesar de lo sucios que están los dedos de aquellos hombres, he tenido valor para beber esta leche, y me ha parecido dulce y pastosa como la crema. Terminada la operación, se abren las puertas del parque para que los animales vayan al pasto.

Entre los renos domesticados parece dominar la comunidad de bienes: las hembras, que tanto se resisten por lo común á dejarse ordeñar, se comportan en cambio con mucho cariño para con sus propios hijuelos, prestándose tan gustosas á dar de mamar á estos como á los ajenos.

En verano hacen los laponos con la leche unos quesos de muy buen gusto aunque algo picantes: es uno de los alimentos que mas aprecian, y lo preparan de diversos modos, haciendo particularmente una sopa que dicen ser muy buena.

El mes de setiembre es el mes de regalo para los laponos, porque entonces se verifica la matanza, toda vez que después del periodo del celo adquiere la carne un gusto desagradable. Se coge al reno por una rodilla, le derriban, y le hunden un cuchillo en el corazon, cuidando de que la sangre se acumule en el pecho. La herida hecha con el instrumento se cierra herméticamente con un tapon de madera mientras se desuella el animal; terminada la operación se sacan los intestinos, se limpia un poco la panza, y se vierte la sangre, que sirve para hacer una especie de sopa. Después se descuartiza el reno: sepárase la cabeza, el cuello, el lomo, los costados y el pecho, y se cuelgan en unas pértigas, fuera del alcance de los perros, recogiendo tambien cuidadosamente la sangre que corre aun de la herida. Se quitan con mucha destreza los tendones, que sirven para hilo y cordón; la médula que extraen de los huesos es muy apreciada de aquellas gentes. El padre de familia es quien mata el animal y prepara los alimentos, de los cuales prueba repetidas veces cuando practica esta operación. Después de él vienen los muchachos, y en último lugar los perros, de modo que antes de llegada la hora del banquete ya está saciado. Los laponos de la vecindad son convidados á comer del reno, y durante todo el mes de setiembre se repiten los mismos banquetes.

Los rigores del clima y la aparición de las epizootias impiden la multiplicación de los renos: los pequeños suelen ser víctimas del extremado frío y no pueden seguir al rebaño; y los machos viejos no encuentran suficiente alimento cuando el suelo está cubierto de nieve. Inútil es que el lapon derribe en los bosques los árboles cargados de líquenes, pues no basta esto para proporcionar suficiente alimento á todo el ganado. Los renos padecen sobre todo cuando llueve algo y se congela el agua, cubriendo á la nieve de una costra tan dura, que no la pueden romper. De aquí resulta á menudo una gran miseria para los laponos, dándose el caso de que algunos que se tenían por ricos, se empobrezcan en un solo invierno. Entonces se dedican á robar renos, y declaran la guerra á los otros propietarios, quienes acostumbran á matar á todos cuantos cogen *infraganti*.

El robo de los renos es muy común entre los laponos: confiables los mas ricos tesoros, y estad seguros de que no desaparecerá lo mas mínimo; no se necesitan allí puertas ni candados, pues como la mayoría de los noruegos, no son ladrones en este concepto; pero ¡cosa singular! es en ellos irresistible el deseo de robar renos. El gobernador de Tana, á quien debo preciosos detalles acerca de las costumbres de aquellos pueblos, se ha visto obligado muchas veces á casti-

gar á varios laponos por semejante delito. Demostrábase cuán censurable era apoderarse de los bienes ajenos, y lo sensible que debía serles el perder su querida libertad; pero siempre contestaban lo mismo: «Harto sabemos que no se debe robar renos; pero son demasiado preciosos; no nos es posible prescindir de ello, ni dejar de coger uno cuando le vemos.» A menudo se hace esto con las mejores intenciones: cuando los propietarios se llevan sus animales, no se cuidan de mirar si hay algun intruso; pero luego se reúnen en un mismo sitio, y cada cual toma los renos que llevan marca, recobrando así lo que le pertenece.

El reno doméstico es para su amo un sér de inestimable precio; cuando se muere utilizan todas las partes del cuerpo. Se comen las astas cartilaginosas; con la piel de los cervatos se hace ropa; se hila y teje el bozo; con los huesos se fabrican toda clase de instrumentos, y los tendones se trasforman en hilo, etc.

Sin embargo, el animal vivo es el que presta mayores servicios al lapon. Le trasporta de un punto á otro con toda su familia; se le emplea tambien para el tiro; y si no se utiliza como animal de carga, es porque tiene el lomo muy endeble. Los tungusos y los koracos montan en los machos mas vigorosos; siéntanse sobre el lomo, entreabriendo las piernas, y conservan el equilibrio con mucha destreza.

En Laponia no se monta el reno, y únicamente los machos mas fuertes, los renos-bueyes, según se llaman en Noruega, sirven para tirar de los trineos. Págame por cada uno de ellos de 55 á 68 pesetas de nuestra moneda; mientras que un reno solo vale de 15 á 22. Nadie se toma el trabajo de adiestrar á este animal; lo único que se hace es elegir el individuo mas vigoroso para engancharle al trineo. Este difiere mucho de los que usamos en nuestros países, y parece mas bien un bote con su parte anterior abierta. Se compone de tablas de abedul muy delgadas, encorvadas y sujetas á una larga quilla; otra vertical, que hay detrás, sirve de respaldo, y un fuerte apéndice ó agujero que hay en la parte de delante, sirve de lanza. En este vehículo no puede colocarse mas que un hombre, y aun es necesario que extienda las piernas; pero en cambio está todo bien forrado de piel de renigífero; se tiene un blando asiento y se puede abrigar uno bien. Para transportar los equipajes se emplean trineos parecidos, que se tapan á voluntad con una especie de cubierta. Comunmente va un lapon delante de el reno guía, para explorar el camino; y el animal sigue la línea recta sobre la blanca alfombra, sin saber lo que hay debajo de ella. En las rocas y los lagos se colocan en ambos lados del camino ramas de abedul, á fin de indicar á los otros viajeros la ruta que deben seguir; tambien consiguen con esto igualar ó allanar la vía y darle consistencia.

Tres ó cuatro trineos van cargados con los equipajes y provisiones, y tambien de líquenes para los renos, algunas veces; un convoy suele componerse de diez trineos.

Los arneses son muy sencillos: se reducen á una piel ancha, cosida en redondo, y terminada por dos botones, á los cuales se ata el tiro. Este pasa entre las piernas delanteras del animal, y debería permanecer debajo del vientre; pero el reno salta por lo regular, y lo inclina tan pronto á derecha como á izquierda. El tiro va sujeto á la extremidad anterior del vehículo: las riendas se terminan por un nudo corredizo que rodea el hocico del reno, y se fija por medio de un lazo que abraza el asta. Se dirige el animal tirando con fuerza de la brida, á derecha ó izquierda; y si es un individuo robusto, recorre de este modo, en una hora, una milla de Noruega, ó sean mas de diez kilómetros, llevando un peso de 144 kilogramos, aunque ordinariamente no se le carga mas que con la mitad. En Noruega no se utiliza el reno durante el verano.

Las relaciones de algunos viajeros completarán estos detalles; los koracos enganchan dos renos á sus vehículos, y recorren de una vez 80 ó 90 kilómetros; pero quedan tan extenuados los animales, que es preciso matarlos. Cuando se cansan se dejan caer y permanecen algun tiempo inmóviles: los samoyedos les abren entonces una vena por debajo de la cola.

Si no se fatigan con exceso y se les alimenta bien, sin obligarles á correr mas que algunas horas por mañana y tarde, y dejándoles pacer al medio día y durante la noche, los renos pueden franquear espacios inmensos.

DOMESTICIDAD.—Por mas que los renos se encuentren bien en nuestros jardines zoológicos y se reproduzcan regularmente en el caso de tratárseles del modo debido, sin embargo, no les es nada agradable vivir encerrados en los estrechos límites de una jaula. No es posible conservarlos por espacio de mucho tiempo si les falta el líquen, el cual prefieren á todo otro alimento, y desprecian por él hasta el mejor heno, el que parecen comer con la misma repugnancia que todas las demás sustancias, excepcion hecha del pan. Al paso que no conviene á este rumiante nuestro clima, sobre todo los calores estivales de nuestras comarcas bajas, se muestra en cambio completamente insensible á los mas rigurosos frios de invierno, de modo que de entre todos los cervinos que no son de nuestro país, es el animal de mejores condiciones para aclimatarse en las altas mesetas de todas las montañas, en las cuales crece el líquen: se encontraría perfectamente en ellas, y al poco tiempo se acostumbraría y reproduciría, viniendo á constituir luego una muy estimable caza. Se han hecho en verdad varias tentativas para introducirlo y aclimatarlo en Alemania; pero ninguna de ellas, que nosotros sepamos, se ha practicado con el debido conocimiento de la naturaleza del animal y de su modo de vivir, ni con las demás condiciones indispensables para obtener resultados felices: todas ellas se han reducido, ó á dejar pacer libremente en las comarcas mas bajas á unos cuantos de estos rumiantes, admirándose luego los que hacían tales ensayos de que no quisieran vivir en ellas, ó á poner en los Alpes una pareja de malas condiciones, la cual era pronto vendida, porque no se reproducía á causa de la esterilidad de uno de los individuos. Si desde un principio se hubiera enviado un rebaño compuesto al menos de 20 á 30 individuos á un territorio montañoso y apropiado, como los hay en abundancia en los Alpes, y se les hubiera abandonado á si mismos, dejándoles pacer libremente, sin duda se habrían obtenido los apetecidos resultados, como vienen á probarlo todos los ensayos que se han practicado hasta el presente. El reno, el cual se puede hacer venir sin grandes dificultades de la Laponia noruega, pierde en breve sus hábitos contrarios en la domesticidad, vuelve fácilmente al estado salvaje; no exige ningún cuidado especial; vive bajo nuestras latitudes del mismo modo que en su propia patria en un desfiladero de unos dos mil metros de elevación; se alimenta de vegetales, que, ó no comen los animales de nuestros rebaños, ó no los pueden alcanzar, y no causa daño alguno, de modo que no pueden darse mas favorables condiciones para aclimatar este animal entre nosotros. Precisamente porque nuestros agricultores y selvicultores reclaman á todas horas el completo exterminio de la caza mayor, y precisamente porque esta debe ser perseguida á causa de los grandes daños que ocasiona, debiéramos procurar introducir en nuestro país un nuevo animal, que viniera á compensar en cierto modo la pérdida de aquella caza, y que al mismo tiempo que constituyese la delicia de los cazadores, no viniera á ser una plaga para los bosques y tierras de labor.

El reno es sin duda el animal de mejores condiciones para